

PENSAMIENTO Y VIDA: LA ‘GUÍA’ ZAMBRANIANA

Greta Rivara Kamaji*

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México
México, D.F
gretarivara@yahoo.com.mx

Resumen

El artículo explora algunos aspectos del pensamiento de la filósofa española María Zambrano. Una de las preocupaciones centrales de su filosofía es la relación entre pensamiento y vida. Zambrano considera que las formas tradicionales, ortodoxas y canonizadas de expresión filosófica suponen un olvido de la vida, una separación entre vida y pensamiento. Este es el punto de partida de su crítica al racionalismo moderno. Desde esta preocupación, Zambrano trata de hacer una re-lectura de la historia del pensamiento filosófico para buscar en sus márgenes formas de expresión, que si bien en ocasiones no han sido reconocidas como plenamente filosóficas, podemos extraer de ellas precisamente formas de expresión filosófica cuyo eje radica en mantener el vínculo entre pensamiento y vida. Entre esas «formas de filosofar», Zambrano revisa la «guía» y de ello se encarga el artículo.

Palabras clave: vida, pensamiento, guía.

THOUGHT AND LIFE: ZAMBRANO’S «GUIDE»

Abstrac

The paper explores some aspects of the Philosophy of the Spanish thinker María Zambrano. One of the principal preoccupations of her Philosophy is the relation between thought and life. Zambrano considers that the traditional, orthodox and canonized ways of philosophical expression mean an oblivion of life, a separation between life and thought. This is the central aspect of her critic to the modern rationalism. Zambrano attempts to make a re-reading of the History of the Philosophy in order to search marginal ways of expression that we haven’t recognized as truly philosophical expressions. One of that expressions is the «guide», an expression that makes no separation between life and thought.

Key word: life, thought, guide.

***Greta Rivara Kamaji.** Doctora en Filosofía. Es tutora del programa de Maestría y Doctorado en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). Le fue concedido el Premio *Norman Sverdlin* 2000-2001 a la mejor tesis de Doctorado en la UNAM. Miembro de la Sociedad Española de Estudios sobre Friedrich Nietzsche y de la Asociación Filosófica de México. Autora de los libros *La tiniebla de la razón: la filosofía de María Zambrano*, UNAM/Ítaca (en proceso de edición) y *El ser para la muerte: Una ontología de la finitud (fragmentos para una reflexión sobre la muerte)*, UNAM/ Ítaca, 2003. Asimismo, ha participado como conferencista y ponente en diversos eventos filosóficos, y ha publicado numerosos artículos en revistas de filosofía.

Sabemos que a partir del racionalismo moderno y fundamentalmente con éste, se ha privilegiado al sistema como la forma más pura de expresión filosófica. La tradición metafísica había glorificado al método y con éste al sistema. En la modernidad, la idea de sistema no fue sino una consecuencia de las filosofías de la subjetividad.

En la medida en que se convirtió al mundo en un objeto para la representación de un sujeto y en la medida en que el sujeto —de conocimiento— es el parámetro de todo conocimiento objetivo de la realidad y el fundamento último de toda certeza, el mundo se reduce a él de modo tal que la idea de sistema es el correspondiente exacto de la idea moderna de sujeto.

El mundo aparece como un sistema que el sujeto puede captar, medir, calcular, regular, más aún, es necesario que en las filosofías de la subjetividad el mundo se convierta en sistema pues sólo como sistema el sujeto puede dar cuenta total, objetiva y verdaderamente del mundo.

Que el mundo se convierta en sistema sería una necesidad para sostener y fundamentar al sujeto puesto que, si éste ha de explicar la totalidad de lo real, conviene que lo real sea precisamente una totalidad medible, capturable, un paquete definible.

La forma más pura, señala María Zambrano, en la que la idea de sistema se ha presentado, ha sido justamente en los racionalismos idealistas, paroxismo de todo racionalismo puesto que ahí, más que nunca, el sujeto da cuenta de la realidad de principio a fin porque la ha convertido previamente en un sistema claramente delimitado.

Con la idea de sistema, tenemos, entonces, la culminación de la idea de que el sujeto y el conocimiento son el centro absoluto del universo, centro a partir del cual todo se explica y todo se entiende; el mundo se reduce a la voluntad del sujeto, el ente sólo es válido en la medida en que el sujeto puede o no garantizar su objetividad, su cognoscibilidad; es la realización moderna, ilustrada de la idea del hombre como centro y fundamento al cual se reduce el ser de las cosas¹. Sin embargo, luego de la crisis de la razón, la idea de sistema, como sabemos, ha sido cuestionada. Retomando esta línea de cuestionamiento que la filosofía tomó sobre sí, sobre todo a partir de Nietzsche, Zambrano se preguntó si es posible seguir identificando sin más a la filosofía con el sistema pues, además, en la historia de la filosofía no siempre el sistema ha sido la única forma de pensar la realidad.

De hecho, para María Zambrano, muchas filosofías, muchos saberes aun cuando hayan sido excluidos por las formas puras de la filosofía, habían ensayado la reflexión filosófica de distintas maneras y no necesariamente como sistema.

Para esta autora es importante recurrir a esa tradición para nutrirse de ella y abonar elementos importantes a la crítica de la idea de sistema pero también para contribuir a crear formas de expresión y reflexión filosófica válidas al margen de la idea de sistema. Una de las formas de expresión filosófica que Zambrano ha analizado y rescatado como una forma no sistemática mas no por ello no filosófica y que estrechó sus fronteras con la literatura, es la confesión, por cierto, muy cara a la tradición del pensamiento español.

Otra de las formas de expresión que Zambrano ha rescatado como ejemplo de otros modelos de filosofía ha sido la epístola, también los breves tratados, las consolaciones; muy cercanas a esa filosofía, la estoica, que se pretendía lejana a las formas abstractas del sistema, de la escolaridad y, por ello, más cercana a la vida, a la vida del ser humano.

Zambrano ha realizado una extensa y profunda reflexión de estas filosofías «marginales» como la estoica, en las cuales la razón abandonó sus pétreos recintos conceptuales para descender sobre

la vida y hacerse accesible. Además de estas otras formas de filosofar, Zambrano rescata la «guía», también muy cara a la tradición española.

Lo primero que señala es que ha habido formas de pensamiento que la propia filosofía ha considerado más bien como formas doctrinarias y no como formas de conocimiento y con ello hace una de sus operaciones favoritas: dividir, excluir, dicotomizar, minimizar. Estas otras formas, dice Zambrano, no han llegado a la forma de sistema pero no por deficiencia sino porque no lo requieren; así la guía, la cual «si no ha llegado a la forma sistemática ¿por qué ha de ser a causa de una deficiencia? ¿por qué su forma mixta, y a veces ambigua, no ha de ocultar y verter a la vez, un pensamiento que no ha querido reducirse a la fórmula sistemática, temiendo que ella le arrebatase su virtud más íntima?»²

De hecho, señala Zambrano, estas formas se han colado siempre en la tradición filosófica, incluso en la propia modernidad, en su momento temprano, en un renacimiento en el que, ciertamente, la filosofía fue prolífica en diálogos, meditaciones, epístolas y en donde el género literario servía de vehículo de reflexión filosófica. Ello, según nuestra autora, se da por necesidades históricas, por necesidades de la vida, pues así como las sumas eran necesarias en la edad media, los *enchiridión* lo eran en la antigüedad clásica.

Es importante reparar en el señalamiento zambraniano de que los diversos modos de expresión filosófica tienen que ver con necesidades vitales, históricas, sociales y que no nacen de la nada en la mente de los filósofos, así podemos entender que la necesidad del sistema en la modernidad no se entiende sin el amparo de la mentalidad racionalista y cientificista que lo animaba y lo acogía. En este sentido, dice nuestra autora que es necesario «rescatar formas olvidadas, oscurecidas por el brillo de las últimamente dominantes. La forma sistemática ha vencido a las demás y ha arrojado sobre de ellas una especie de descalificadora sombra»³. Con esto, la filosofía moderna había sido simplificadora, pues había omitido esta vasta gama de formas de expresión del pensamiento del ámbito filosófico.

Dado que muchas de las formas de expresión hegemónicas se han agotado, es necesario buscar y rescatar otras, pero también es necesario ver que se han agotado precisamente porque ya no obedecen a necesidades vitales, más aún, nunca agotaron, como pretendían, todas las necesidades; de hecho, con tales pretensiones, esas formas habían desatendido dimensiones de la vida que luego reclamaron su derecho a ser explicadas y expresadas, con ello, reclamaron a su vez formas de expresión distintas, modos diferentes de acceso a esas dimensiones. Tal vez ese haya sido siempre el cometido de esas formas y por ello habían actuado marginalmente, un poco a la sombra, más humildemente frente a la soberbia del sistema o de la razón instrumental que se erigía como la forma de conocimiento privilegiada. Este pretendido privilegio, señala Zambrano, hacía que estas formas de conocimiento carecieran de acción. ¿A qué se refiere?

Señala que hay formas activas, actantes del conocimiento y ellas son las que surgen del anhelo de arraigar y viajar por las entrañas de la vida y nuestra vida, aquellas que se vinculan con la vida y piensan al ser humano en su vida ordinaria, en sus conflictos cotidianos, que piensan que no todo ser humano es sabio o filósofo; formas, expresa Zambrano, que no pretenden descubrir ni prescribir sino crear horizontes de reflexión acerca de realidades reacias a ser pensadas o que parecen desbordar o rebasar toda reflexión. Se trata de formas de pensamiento que no buscan separarse de la vida.

En este sentido, uno de los problemas del pensamiento racionalista, del pensamiento que glorifica al sistema como la forma más válida de expresión filosófica, fue su incapacidad para ser activo, actuante, para ir a quien lo necesite, en esta incapacidad, olvidó que el pensamiento es una función de la vida, un fenómeno de la vida y no de una conciencia autofundada, teórica y autotransparente. La idea moderna, científica del conocimiento parecía no buscar participar en la vida del ser humano. Su forma de saber seguía siendo inaccesible, parecía—como casi siempre le ha sucedido a la filosofía—no ser de este mundo ni siquiera cuando en el último siglo la propia ciencia había dedicado parte de sus esfuerzos a lo que llama divulgación que, según palabras de Zambrano, más que un remedio resultó ser peor que la enfermedad, pues sigue siendo inaccesible producto de las academias, terminando este esfuerzo en un reduccionismo feroz: el arte terminó siendo propaganda; la filosofía, metodología; la ciencia, utilidad.

En todo caso, parece que en los momentos más importantes de la vida de Occidente, predomina aquella experiencia en el que el conocimiento, la filosofía, no acuden a nadie, pues permanecen en una implacable autorreferencialidad. Ahora bien, esto no explica toda la situación, como se ha mencionado, ha habido paralelamente formas decididamente actuantes del conocimiento, es aquí donde entra la guía, la confesión: formas en las que el conocimiento ha querido mezclarse con la vida, con la vida concreta, formas que no son meros sistemas ya que éstos, señala Zambrano, nunca tienen destinatario, pues el pensamiento así expresado «flota desasido al no transformar la vida, al no ser acogido por ella y aceptado, sólo patrimonio de los que han sido capaces de descubrirlo. Y no es que todo lo que se sabe tenga que ser sabido por todos pero sí tendría que serlo, su centro vivo, aquello que va a construir la nueva mentalidad; las nociones centrales que crean la nueva versión o intento de ser hombre, y que modifican sustancialmente lo anterior. Y a los partidarios de las verdades eternas, de la *philosophia perennis*, se les plantea idéntica cuestión, pues siempre será necesario que este pensamiento sea asimilado, y renazca, como renace tantas veces como generaciones llenan al tiempo de la historia»⁴.

En este sentido, señala María Zambrano, la guía ha sido el reverso de todo esto, muy presente en la literatura, ha sido tal vez, en el caso de España, un vehículo fundamental de expresión filosófica, mas se trata de una expresión que se da al margen de pretensiones de verdades objetivas que no parecen haber sido generadas por nadie ni ser dirigidas a nadie. Si en la confesión, el acto de escribir revela el ser de una subjetividad, en la guía, quien lee es la máxima presencia, pues ésta es como una carta con destinatario sin el cual no tendría sentido. En ambas formas se encuentra presente el hombre real y concreto con su vida, sus angustias y sus alegrías. Ahí, el pensamiento, la reflexión, son parte de algo más amplio: una situación vital, una situación que, en palabras de Zambrano, se expone, se exterioriza, se manifiesta y ello para salir de esa situación—como sucede en la confesión—o para hacer salir a alguien de esa situación—como sucede en la guía. En la guía, la abstracción y la especulación no están al servicio de sí mismas sino al servicio de la vida, de las vidas concretas, lo que tenemos ahí es un modo de racionalidad al que Zambrano llama «piadoso», esto es, una racionalidad que es un saber, un saber tratar con lo otro.

Mirada así, la guía es, de acuerdo con Zambrano, una especie de tratado filosófico que está emparentado con la confesión. La guía va dirigida a alguien⁵ y casi siempre tiene un carácter introductorio, no se dirige necesariamente a un filósofo sino a alguien del que se pretende pueda entender de filosofía para poder entender no sólo asuntos del ser humano y del mundo sino, incluso, del cosmos entero. Algunas filosofías antiguas no fueron ajenas a este tipo de pretensiones, incluso de ser camino, de indicar vías a los seres humanos, pues el ser humano siempre anda un poco extraviado.

Zambrano menciona a Pitágoras, quien ya había presentado de alguna manera esta intención; también podríamos decir lo mismo del mito platónico de la caverna, de la *República*, de la idea del filósofo que aparece en el *Fedón*. El filósofo salido de la caverna es capaz de enseñar y conducir a los otros, de mostrarles el camino del saber y de la verdad, mas se trata, finalmente, de un saber y una verdad muy pero muy poco accesibles. El filósofo gobernante está ahí para señalar el camino que lleva al bien supremo, el filósofo del *Fedón* no tiene otra vida sino aquella que es entrenamiento en el saber, en el bien, aquí la filosofía es una praxis vital, como se testimonia con el mismo Sócrates. Sin embargo, insistimos en ello, se trata de un camino, de una praxis que pocos pueden entender, al que pocos pueden acceder, incluso parece prácticamente incomunicable por complejo y abstracto; es un camino de iniciados casi imposible para las personas comunes, para quienes necesitan que el saber se les muestre de otra manera, como algo venido de este mundo.

Esto último, señala Zambrano, fue entendido y asumido por los estoicos. Con ellos la filosofía pretende enseñar, pero no sólo lo especulativo, teórico y discursivo, sino que pretende enseñar sobre la vida concreta y el vivir, incluso muchos de ellos pretendieron consolar al ser humano frente a los avatares de la existencia. Séneca es uno de los grandes ejemplos en este sentido, recordemos sus tratados, sus cartas, sus consolaciones, siempre dirigidas a alguien, pensadas como una sabiduría práctica que permita una vida mejor, una vida en la que la reflexión no sea un salir del mundo sino entenderlo más, una vida serena, armónica⁶.

La exigencia platónica era excesiva, mostrar el camino, enseñarlo, exigía algo demasiado grande para las vidas comunes, demasiado irrealizable: una conversión, una ascesis, una renuncia, una forma de salvación del alma, salvarla del mundo, de la carne, de lo sensible, del tiempo y de la muerte. Estos caminos son inaccesibles, son caminos privilegiados, para pocos; caminos del intelecto pero no necesariamente de la vida, caminos de sacrificio, caminos de la inteligencia, del entendimiento y nada más.

Pese a todo, podemos decir que esa clase de exigencias y las filosofías que las conllevan, han tenido pretensiones parecidas a las que ha tenido la guía: ser camino, mas la guía puntualiza en que ese camino es de vida, aquí radica la diferencia pues frente a la implacablemente inaccesible especulación teórica. La guía como forma de saber no tiene la pretensión «de ser el saber universal y absoluto», la guía no lo sostiene, no lo busca, aunque desea preparar el ánimo para alcanzarlo, pero no cree que sea necesario partir de la necesidad de poseer ese saber, no es su prioridad, pues su prioridad es ser un saber de experiencia, y la búsqueda de la universalidad y lo absoluto cierra la experiencia, la hace imposible, pues la asfixia.

Mas podríamos decir que Sócrates es el claro ejemplo de un saber de experiencia, de un gran apego a la experiencia. Zambrano señala que esto puede ser paradójico, pues si Sócrates inventó el concepto o la confianza en el concepto, pareció no haberlo hecho necesariamente por amor a éste sino por amor a la vida que necesitaba del concepto, del *logos* traductor de la vida, de la vida que exige ser explicada. En este sentido, afirma Zambrano, el *logos* socrático puede ser visto todavía como un *logos* apegado a la vida, como un «*logos* de las circunstancias», aunque tentado siempre por quedar embebido en la poco accesible especulación teórica.

Aristóteles también habló de un saber de experiencia y con él todos los griegos pues ellos inventaron la ética, pero también elevaron este saber al rango de universalidad, y en este sentido, la diferencia entre Platón y Aristóteles y los estoicos radica en que el saber de aquellos «está desprendido del

alma que lo necesita y aparece con el mismo carácter que la metafísica, ya que en realidad es [este saber] la metafísica de la vida humana»⁷, la vida se acomodaba en la teoría.

Frente a esto, Zambrano menciona, como es obvio, a Maimónides, «el más famoso autor de guías», para quien la ética es más que nada la medicina del alma, como él mismo lo explicitó. Esta idea de ética es precisamente propia de la guía; la ética vista como un medio y no en sí misma, no como algo que terminaba presentándose con la misma pureza que la metafísica.

En todo caso, la filosofía parece haberse caracterizado siempre por un desasimiento de la vida individual y con ello decidió que su pretensión central es pensar «el conocimiento», «la verdad», «la Naturaleza», etc., aún cuando en ocasiones ha incluido la intención de ser camino de vida. Esto la inscribía en un marco más amplio: desprenderse de lo particular, de la vida concreta a través de la razón. Aquí, curiosamente, la filosofía ha tenido siempre algo de mística, ha estado más cerca de ella que de la guía por cuanto al afán de desprendimiento se refiere.

La guía parte del hecho de que no toda experiencia puede ser elevada a universalidad y mucho menos a intelección clara y verdadera, hay experiencias que se resisten a ello porque rebasan la razón y la desbordan, siempre hay algo que el conocimiento no puede abarcar pero no por ello se convierte ese algo en algo renunciabile, por el contrario, es y puede ser objeto del pensamiento, más aun, hace necesario al pensamiento pero a una clase de pensamiento no universalizante ni definitorio, nunca meramente conceptual; no se trata de una clase de pensamiento que, como señala Zambrano, busque someter a todo aquello que anda disperso, que es irreductiblemente plural y heterogéneo, que no se deja reducir a identidad, a unidad.

Desde esta perspectiva, podríamos decir que es, entonces, la idea de experiencia lo que puntualiza la distancia entre al guía y aquel modo del pensar que pretende ser declaradamente discurso filosófico, aunque esto no niega la afirmación zambraniana de que la guía puede ser una especie de tratado filosófico, al que, sin embargo, le interesa ser un saber que asume que hay experiencias que pueden ser pensadas pero que escapan definitivamente al poder del concepto, a la teoría pura y a la objetividad; experiencias que incluso reaccionan frente a estas pretensiones: «a todo movimiento rico en filosofía responde siempre una voz en tono grave, a veces amarga y a veces burlona, denunciando su vanidad, mostrando algo más humilde, sórdido inclusive, pero indisoluble. Es Tomás de Kempis respondiendo a Tomás de Aquino; Epicteto a Aristóteles; Kierkegaard, desesperado, a Hegel. Es la desnudez del hombre, su esencia irreductible que clama [...] lo que en tales voces clama, es [...] el saber de la experiencia [...] cuando menos olvidado por un saber universal, ético o metafísico»⁸.

En estas voces, lo que clama por emerger, por ser sabido, son esas experiencias de la vida a las cuales las formas enunciativas de los saberes que se pretenden universales y objetivos no tienen ni acceso ni suficiente fuerza para acoger, porque es la vida la que está hablando, la que se está manifestando con todas sus paradojas, con todas sus ambigüedades, tensiones y contradicciones.

Son las voces que saben que las verdades con mayúsculas son impotentes frente a ciertas realidades, frente a ciertas emociones. Son voces que precisan otras formas de verdad, de expresión, de conocimiento. Muchas de estas voces se han articulado ahí en la guía, en la consolación, en la epístola, en la confesión y, por supuesto, en el arte.

Zambrano señala que, dadas las pretensiones de conocimiento de la filosofía, ésta se ha expresado generalmente en las formas enunciativas impersonales, en este sentido, no es, al menos manifiestamente, comunicativa, comunicadora. La guía, en cambio, no se entiende sin ese afán de comunicar algo, por ello implica un dirigirse a alguien, se quiere hacer saber algo a alguien, aunque ese algo sea de contenido filosófico, pero como incluye esa intención comunicativa cabe, por consecuencia, el consejo, la indicación, la persuasión, etc. Esto, por otro lado, ha llegado a estar de alguna manera presente en algunas filosofías que no renunciaron por lo menos a la invocación, a la sugerencia, a la incitación; filosofías que a su vez han entendido a la verdad como algo móvil, renovable, como una necesidad que se transforma, como algo que es vivible, experimentable, algo que es experiencia de vida y por tanto temporal y relativa, y, sobre todo, que da sentido, que da sentido a acontecimientos que parecen no tenerlo.

En esta perspectiva, la guía representa una clase de saber que siempre se presenta como relativo, transitorio y nunca como definitivo. Así, «no exige, ni invita a arrancarse del instante. Mas tampoco lo deja abandonado, como mera irracionalidad. Extrae de su modesto *logos* su sentido, que no puede ser completo. La experiencia es siempre fragmentaria, pues si no, dejaría de ser experiencia ya»⁹.

De esta manera, la guía no se presenta nunca bajo la forma total y completa que caracteriza a los sistemas; se presenta fragmentariamente y ello no por una deficiencia de estructura, de enunciación, de «lógica», sino porque su cometido principal es comunicar experiencias, evocarlas, aludirles, vivirlas en la letra. En suma, en tanto saber de experiencia, la guía tiene que tener la forma que tiene la experiencia: fragmentaria y relativa.

Este carácter fragmentario, discontinuo, relativo, tampoco le resta profundidad filosófica o contenido filosófico y tampoco le resta estructura. Del mismo modo, tampoco significa que la guía sea ametódica, por el contrario, Zambrano afirma que una guía es algo que se parece a un método, más sin entender al método en su sentido moderno, racionalista o cientifista. Se parece a un método, pues contiene una cierta clase de unidad; no se trata de una acumulación caótica, desordenada de informaciones, consejos, refranes o fragmentos amontonados. ¿Acaso afirmaríamos algo así de los fragmentos de Heráclito?

El autor de una guía, nos dice Zambrano, se enfrenta a un gran reto: hacer de la experiencia, siempre dispersa, fragmentaria y ambigua, una unidad, un saber que pretende tener un lazo de unidad con su lector, al cual se dirige. Por esto, también es un saber activo, que busca mover y transformar. Así, su unidad radica precisamente en ser una unidad de acción «y esta unidad de acción le está dada por el campo donde ha de operar la situación que ha de transformar. Saber de la vida, su unidad le viene de ella. La vida no tiene por sí unidad, o al menos no se nos hace visible, y esta es la mayor de las congojas y de las confusiones. Pues quien anda en dispersión sabe que su vida es *una vida*. La vida no puede ser vivida sin una idea. Mas esta idea no puede ser tampoco una idea abstracta. Ha de ser idea informadora, de la que se derive una inspiración continua en cada acto, en cada instante; la idea ha de ser una inspiración»¹⁰.

Ahora bien, la naturaleza de la guía conlleva, según Zambrano, una cierta concepción de la verdad, mas no se trata de aquella verdad que pretende haber rebasado los avatares de la vida y el correr del tiempo, aquella verdad ajena a la vida; se trata de una verdad que no busca corregir la vida ni descifrarla por entero sino que simplemente la «aclara», busca introducirse en la vida, en una vida concreta para sacarla del pasmo, para llevarla a reconocer el sentido de ciertas experiencias. Experiencias siempre abiertas y nunca absolutas y definitivas; siempre situacionales y

circunstanciales como nosotros mismos. Esta es la clase de cosas que la guía transparente, en efecto, busca hacer algo transparente pero algo que es siempre la ambigüedad y la paradoja, la tensión y el conflicto que configura toda vida, no busca aclararlo para resolverlo, para anular las contradicciones sino para reconocerlas.

La guía brota de esa necesidad de señalar que la vida humana precisa siempre de orientación, de parámetros para sustentar acciones y experiencias, para darles lugar y sentido. La guía brota de esa experiencia en la que aprendemos que la vida corre a veces confusa, ambigua y que necesita de cierta dirección, de cierta certeza, de cierto anhelo de asumir que los conflictos pasan y tienen un carácter relativo. La guía se erige como una estrategia que busca comunicar que los propios conflictos, emociones y sentimientos tienen un sentido y que organizan nuestra vida, que es posible desatar los nudos e integrar nuestra siempre precaria unidad en un diálogo con el otro, en un reconocimiento de la propia humanidad a través del otro, pues toda guía parece traer implícita una idea de la dialogicidad como forma de saber, de autoconocimiento.

En este sentido, la guía es una forma de visión, un medio para verse a sí mismo, «visión y no sistema, porque se trata de la visión de la propia vida y no puede ofrecerse en sistema. La vida tiene siempre una figura, que se ofrece en esta visión, en una intuición, no en un sistema de razones. Es lo irrenunciable del saber que postula la guía y todas las formas de experiencia»¹¹.

Entonces, escribe Zambrano, parece que el cometido de la guía es hacer que una vida salga de su hermetismo, que se muestre para lograr la visión de sí misma, su intimidad, sus oscuridades y abismos; la visión de una imagen para que una vida pueda comenzar a comprenderse a sí misma aún cuando esa comprensión sea fragmentaria, evocada, apenas anunciada, un tanto balbuceante, un signo, una sugerencia que puede convertirse, finalmente, en un medio para descender por lo que se es, por lo que se quiere, por lo que indefectiblemente late en los abismos del corazón humano.

La guía es un ejemplo de que la vida y el pensamiento pueden caminar unidos por la misma senda, pues no es condición necesaria del pensamiento el separarse de la vida.

Notas

¹ Uno de los autores que con mayor puntualidad ha reflexionado la idea moderna de conocimiento y su indefectible vínculo con las nociones ilustradas de hombre y de conocimiento es Heidegger, quien sostiene que el soporte de la glorificación moderna del sistema es precisamente la concepción del sujeto. Cf. M. Heidegger. «la época de la imagen del mundo» en *Caminos de bosque*. Madrid, Alianza Universidad, 1999.

² María Zambrano. «La 'Guía', forma de pensamiento» en *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid, Alianza Universidad, 1998. p. 60

³ *Ibid.* p. 60

⁴ *Ibid.* p. 64.

⁵ En este sentido, podríamos decir que la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles es una forma antigua de la guía.

⁶ Con esto no estamos afirmando que esta deba ser la labor de toda filosofía, solamente señalamos que este tipo de filosofías evitaron una separación entre la vida y el pensamiento, más aun, entendieron a la filosofía como la expresión de esa unidad fundamental.

⁷ M. Zambrano. *Op. Cit.* p. 68

⁸ *Ibid.*, p. 71

⁹ *Ibid.* p. 72

¹⁰ *Ibid.* p. 73

¹¹ *Ibid.* p. 80